

Norte, y un Gates, un Lee ó un Conway las convertiría bien pronto en una fuerza irresistible. El último de los citados oficiales aceptó el cargo de inspector general de nuestro ejército á fin de reformar ciertos abusos, pero este no es suficiente paliativo. En una carta que dirigió Conway á uno de sus amigos, le decia lo siguiente: «Si no fuera porque el Todopoderoso ha dispuesto que la América sea libre, los..... malos consejeros, habrían arruinado al país hace mucho tiempo.» Podedis confiar en que son ciertos los hechos que se citan en esta carta, cuyo autor es uno de vuestros amigos de Philadelphia. Si por la escritura reconocéis el nombre, guardad el secreto, y aun será conveniente que queméis esta carta, si bien sería oportuno publicar algunos de los hechos de que habla, á fin de ilustrar al país sobre nuestra verdadera situacion. Confío en vuestra prudencia y os ofrezco sinceramente mi amistad y mis servicios en favor de nuestra querida independencia.

Vuestro afectísimo.»

»A. S. E. Patricio Henry.»

En contestacion á la carta de Mr. Laurens, que incluía el anónimo recibido, Washington escribió con fecha 31 de enero lo que sigue: «No sé cómo espresaros  
1778. cuánto agradezco vuestra amistad y buenos deseos al darme cuenta de un hecho que es del mayor interés para mí. No se me ocultaba que desde algun tiempo algunos de mis enemigos atentaran contra mi reputacion, pero como tengo el convencimiento de haber hecho todo cuanto me ha sido posible en la importante mision que me fué confiada, esto no podia inquietarme mucho. Lo que si sentiria profundamente es que se suscitara una cuestion cuyas peligro-

sas consecuencias pudieran dar lugar á disensiones intestinas, fatales para la causa comun.

»Como no tengo mas objeto que atender al bien público y no ambicioné honores de que no me crea merecedor mi país, desearia que se abriese una informacion para examinar los actos de mi conducta que crean reprehensibles mis enemigos. En el anónimo que habeis recibido se hacen contra mí cargos muy graves, y por lo mismo quiero presentarlo al Congreso, porque el ocultarlo os podria perjudicar, toda vez que no sabemos quién ni cuántas personas se hallan enteradas del contenido.

»Mis enemigos son muy poco generosos al aprovecharse de la ventaja que tienen sobre mí, porque saben cuán delicada es mi posicion y qué motivos de política me impiden hacer una defensa con la cual podria combatir sus insidiosos ataques. Ellos saben que no puedo refutar sus cargos por injuriosos que sean sin descubrir secretos que es muy importante ocultar por ahora. Pero, ¿qué derecho tengo yo para eludir la censura cuando se hallan sujetos á ella cuantos ocupan un cargo elevado? Hombres de mérito y talento con los cuales no tengo pretensiones de rivalizar han tenido siempre que sufrirla, pero mi corazón me dice que siempre obré del mejor modo que lo permitieron las circunstancias; podrá ser que me haya equivocado frecuentemente en la eleccion de los medios, y en este caso solo se me puede imputar el haber cometido un error.»

Era evidente, á juzgar por la conducta que desde algun tiempo antes venia observando el Congreso, que en este iba formándose un partido considerable que trabajaba para desprestigiar á Washington. La creacion de una nueva Junta de Guerra, de la que eran miembros Gates y Mifflin, así como el ha-

berse proyectado una expedicion al Canadá, todo sin consultar á Washington, eran claros indicios de que se queria disgustar al comandante en jefe para obligarle á presentar la dimision de su cargo (\*). Pero á Washington no le hacian mella semejantes intrigas, y Lafayette, cuya amistad y veneracion por aquel hombre que le llamaba su amigo no reconocia límites, se negó por su parte abiertamente á favorecer la *Cábala*, cuando los enemigos del comandante en jefe le invitaron á ello halagando su amor propio. Con este motivo el jóven marqués escribió á Washington lo que sigue: «He unido mi destino al vuestro, y os defenderé no solo con mi espada, sino con cuantos medios se hallen á mi alcance.» Por lo que toca al ejército, basta decir que mostró la mas profunda indignacion al tener conocimiento de las audaces tentativas de algunos hombres intrigantes contra su querido jefe.

Gates y Mifflin manifestaban en ciertas cartas producidas por Gordon, que ellos no habian tomado parte alguna en el plan que tuvo por objeto destituir á Washington, y Conway por su parte quiso probar lo mismo; pero puede considerarse como seguro que los dos primeros sabian cuánto pasaba y que se proponian aprovecharse del resul-

tado (\*). En cuanto á Conway, sus ambiciosas miras y poca escrupulosa conducta fueron causa de que terminara pronto su carrera, pues habiendo perdido su popularidad en el ejército, hizo dimision de su cargo de Inspector general, y á fines de febrero quedó herido en un duelo que tuvo con el general Cadwalader. Suponiendo que  
1778. su herida era mortal, aun cuando despues se restableció, y bajo la influencia de un repentino remordimiento, escribió á Washington en los siguientes términos: «Aun me quedan fuerzas para sostener la pluma durante algunos minutos y aprovecho esta ocasion para espresaros mi profundo sentimiento por haber hecho, escrito ó dicho cualquiera cosa que pueda ser desagradable para V. E. Aunque pronto habré dejado de existir, un sentimiento de justicia y de sinceridad me impele á declararos mi opinion. Sois á mis ojos el hombre grande y generoso, y ojalá que disfruteis por mucho tiempo el amor, la veneracion y el aprecio de este pueblo cuyas libertades habeis consolidado con vuestras virtudes.»

Supérfluo parecerá acaso llamar la atencion sobre este hecho, pero seguros estamos que ninguno que examine aquella parte de la

(\*) Al contestar Washington á ciertas insinuaciones que se le hacian, escribió á un amigo suyo lo siguiente: «Puedo aseguraros que nadie me ha oido decir una sola palabra acerca de resignar el mando, pues profeso ahora los mismos principios que el día en que entré á formar parte de la oposicion contra los proyectos arbitrarios de la Gran Bretaña. No dejaré tampoco de prestar mis servicios mientras el país los juzgue necesarios en la presente lucha, y todos esos rumores los propalan mis enemigos para conseguir que se verifique un cambio. Hedicho, y lo diré siempre, que ningun oficial de los Estados-Unidos volveria á disfrutar de la vida doméstica con mas gusto que yo. No pienso abandonar la causa que defiende, pero tan pronto como el país, no mis enemigos, me indique que debo resignar el mando, lo haré con la misma satisfaccion con que el cansado caminante se entrega al reposo.»

(\*) Poco despues de haberse rendido Burgoyne, el general Gates tuvo una entrevista privada con Morgan, y en ella le manifestó confidencialmente que la mayor parte del ejército estaba muy descontento de la conducta de Washington, que la reputacion de aquel jefe iba decayendo de día en día y que muchos oficiales de reconocido mérito se hallaban dispuestos á resignar el mando si no se introducía un cambio. Comprendiendo el coronel Morgan las intenciones de Gates, contestó al momento animado de una noble indignacion: «Caballero, no os pediré mas que un favor, y es que nunca volvais á hablarme sobre ese odioso asunto, pues por mi parte no serviré sino á las órdenes del general Washington.» Desde aquel día Gates trató á Morgan con marcada frialdad, y al dar el parte oficial de la rendicion de Burgoyne no dijo una palabra del coronel, aun cuando los servicios de éste eran bien conocidos tanto del ejército como del país. *Vida del general Morgan*, por Graham, págs. 172-173.

historia de nuestro país, dejará de experimentar un sentimiento de profundo respeto y admiración ante la magnanimidad y la nobleza de alma de que dió pruebas Washington en medio de las rudas pruebas por que tuvo que pasar. ¡Pluguiera al cielo que siguieran siempre su ejemplo todos aquellos que se precian de ser conciudadanos de Washington! (\*)

Segun hemos indicado ya al hablar de las relaciones extranjeras de los Estados-Unidos, Francia solo esperaba tener la seguridad de que América sostendría la lucha contra la madre patria para declararse abiertamente aliada de la nueva república. Aunque **1777.** los americanos no se habian mostrado nunca dispuestos á ceder á las pretensiones de Inglaterra, el resultado no era aun seguro, pues podría suceder que las colonias se adhiciesen á un arreglo con la madre patria sin que se la redujese á ello por la fuerza de las armas, y el ministerio francés temia que tan pronto como su nación se uniera á los americanos, concediese Inglaterra todo cuanto aquellos pedian, celebrando inmediatamente la paz, en cuyo caso tendría Francia que luchar luego con dos poderosos enemigos. Por esta razón adoptó una prudente política, y no dejó de observar un momento el progreso de la lucha entre Inglaterra y

(\*) Mr. Irving refiere la siguiente anécdota que le facilitó el Juez Jay: «Poco antes de la muerte de Juan Adams, estaba yo conversando con mi padre acerca de la revolución americana, cuando aquel exclamó de pronto: «¡Ay, Guillermo!, la historia de aquella revolución no se sabrá nunca, ni la sabe ahora nadie mas que Juan Adams y yo!» Sorprendido al oír esto, preguntéle á qué se refería, y repuso: «Hablo de los procedimientos del antiguo Congreso, de aquellos procedimientos en que desde el principio hasta el fin hubo unos cuantos hombres que hicieron lo posible para desprestigiar á ese hombre generoso.» Como el antiguo Congreso celebraba sus sesiones á puerta cerrada, no pudieron saberse todos los asuntos que la Cámara discutía; á no haber sido así, seguros estamos que nadie hubiera tratado de indisponer á Washington con el ejército y el pueblo.

América; escudándose siempre con su *razon de Estado*, cosa muy conveniente en aquella ocasión, entretenía al gabinete inglés con protestas de amistad, mientras que por otra parte facilitaba secretamente socorros á los americanos, inflamando su valor y asegurándoles continuamente que les prestaría su apoyo. De este modo, en vez de inclinarse de una manera franca en favor de uno ú otro, esperó tranquilamente para ver qué giro tomaban los asuntos.

Los agentes del Congreso no dejaron sin embargo de gestionar con insistencia para que el gabinete de Versailles tomase una determinación, pero el ministerio, observando su sistema de expectativa, alegó diversas excusas para no obrar desde luego. Primeramente espuso que la flota que se esperaba de Terranova con excelentes marineros no habia llegado aun; luego dijo que las galeras de España se hallaban aun en el mar, y por último inventó otros pretextos mas ó menos verosímiles. De este modo, avanzando ó retrocediendo alternativamente, sin dar á conocer nunca sus intenciones, Francia tenía á los americanos en continua incertidumbre hasta que, perdida la paciencia, resolvieron por último los comisionados salir de una vez de tan embarazosa situación. Al efecto, á mediados de agosto, elevaron una enérgica exposición manifestando claramente que era muy posible que encontrándose América sin apoyo, tuviese al fin que conformarse con las concesiones de Inglaterra, en cuyo paso perdería Francia todas las ventajas que debía obtener, perdiendo aquella nación sus ricas colonias.

Esta exposición sin embargo no produjo el resultado apetecido, y de nuevo se hicieron indicaciones á Inglaterra para que reconociese la independencia de América, asegurándola que con esto podría obtener cuantas

ventajas desease. También se expuso que si el ministerio inglés se habia aprovechado de la ocasión, dependía exclusivamente de él estipular un arreglo tan conveniente para su prosperidad, que en vano buscaría otra cosa que proporcionara mejores resultados. Pero el gobierno británico, enorgullecido con las primeras victorias de Burgoyne y en la persuasión de obtener la victoria, rehusó aceptar arreglo alguno, rechazando con desden cuantas proposiciones se le hicieron. La ceguedad de los ministros ingleses era tal que por ningún estilo quisieron contraer una alianza con América, creyendo que al tratarla como enemiga la someterían por completo sin condiciones.

La victoria de Saratoga hizo que mudasen de aspecto los negocios de América en Europa y que se fijara mas la atención en los intereses de los Estados-Unidos. El mismo mensajero que llevó á Inglaterra las noticias relativas á la rendición de Burgoyne fué el portador de los despachos en los cuales se notificaba que disgustados los americanos por las dilaciones de Francia y por no haber recibido socorro alguno en medio de sus reveses, deseaban hacer un arreglo con Inglaterra y celebrar un tratado de comercio con tal que aquella nación reconociese su independencia. A fin de dar mas fuerza á esta sugestión, añádase que los colonos se alegrarían mucho de reconciliarse con la madre patria, toda vez que de lo contrario no les quedaba otro recurso que echarse en brazos de la implacable enemiga de Inglaterra.

En aquel estado de cosas, deseando el ministerio inglés arreglar si era posible sus diferencias con América antes de romper las hostilidades con Francia, presentó dos *bills* en la Cámara de los Comunes: el primero declarando que el Parlamento no impondría en ninguna de las colonias de América mas

contribución ó impuesto que el que se juzgara oportuno crear sobre el comercio, pero que el producto líquido se aplicaría para el uso de las colonias del mismo modo que se practicaba con el importe de otros derechos recaudados por disposición de las respectivas legislaturas. El segundo *bill* disponía **1777.** se nombrasen comisionados por la Corona, autorizándoles para tratar con las autoridades constituidas de América, pero sin estipular nada hasta que se recibiese la aprobación del Parlamento. Además de esto confiriéronse poderes á dichos comisionados para proclamar la cesación de hostilidades, dejando en suspenso la ejecución de los decretos relativos á las colonias, aprobados desde el 10 de febrero de 1763; conceder indultos á las personas que lo solicitasen y nombrar en fin un gobernador en cualquiera de las colonias donde S. M. hubiera tenido hasta entonces este derecho. Las citadas medidas debían regir hasta el 1.º de junio de 1779.

Tan pronto como Lord North hubo presentado sus *bills conciliatorios*, Francia comprendió que era llegado el momento de obrar con decisión (\*), y en su consecuencia, M. Gerard, representante de aquella, manifestó á los comisionados americanos en 16 de diciembre, «que despues de un detenido y maduro exámen de las proposiciones hechas algun tiempo antes, S. M. habia resuelto no

(\*) Conviene consignar aquí, que como antes de reconocer Francia la independencia de los Estados-Unidos, le era preciso mantener una correspondencia reservada con los agentes americanos, el gobierno nombró comisionado suyo á M. Beaumarchais, el cual á lo que parece deseaba mas bien servirse á sí mismo que á los americanos. En las cuentas que este agente presentó al Congreso hizo figurar en el cargo los auxilios gratuitos concedidos por la corte de Francia, y no contento con esto, retuvo en su poder un millón de libras del subsidio que asignaba el rey de aquella nación. Estos hechos, dignos de la investigación del lector, se refieren detalladamente en la *Historia civil y política de los Estados-Unidos*, por Pitkin, vol. I. pág. 162.